

Capítulo 7. Síndrome de Estocolmo



Autor: Sharon Núñez

Sinopsis: cuando te revelas contra la pesadilla.

Me desperté rodeada de oscuridad. El suelo estaba frío y mi cuerpo se había quedado helado. Miré a mis alrededores hasta que se fueron acostumbrando mis ojos a la oscuridad. Me dolía la cabeza y pude notar con la mano derecha sangre reseca enganchada en mi cabello. Me pesaban los brazos y la cabeza me daba vueltas.

Una pequeña luz iluminó algo a dos metros de mí. Pude percibir una sombra alta y la luz era de un cigarrillo que tenía en la mano. Se iba acercando lentamente hacia mí, pero estaba tan mareada que no podía levantarme y mi voz parecía haber sido arrancada de mi garganta dejando a su paso sequedad e irritación. Sentí como me tomaba de la cintura y me cargaba al hombro. Me llevaba consigo.

Volví a recuperar la consciencia. No tenía ni idea del tiempo que llevaba inconsciente. El espacio esta vez estaba iluminado: una habitación blanca, una cama y un plato con restos de comida mohosa. No había mucho más que paredes agrietadas.

Me levanté del suelo todavía mareada y, a tientas, empecé a tocar cada una de las cuatro paredes de la habitación sin encontrar la puerta. Golpeé con todas mis fuerzas hasta que vi que mis manos sangraban y me dejé caer al suelo. La luz entraba por una ventana a más de seis metros de altura, y se escuchaban pájaros piar desde el rincón en el que me encontraba. Un eco de pasos me hizo conectar con la situación horrible que estaba viviendo; los pájaros dejaron de piar.

La pared se abrió a unos metros de dónde estaba y un hombre delgado, vestido con camiseta y vaqueros, entró. Recordaba la silueta oscura: era el mismo hombre que me había cargado en el hombro, pero esta vez llevaba un vaso de *whisky* con hielo en vez de un cigarrillo. Tambaleándose, se acercó al rincón dónde me encontraba agazapada y con un susurro queapestaba a alcohol y a sudor dijo:

- Te quedarás aquí hasta que me aburra de ti.

Su nariz me rozaba el lóbulo de la oreja y su aliento pestilente me hizo apartar más la cabeza de su contacto. Un frío recorrió mi espalda y me obligó a encogerme aún más de lo que estaba hasta que se escuchó un leve portazo que me hizo levantar la cabeza para mirar. La puerta había vuelto a convertirse en pared, pero, ahora que sabía dónde mirar, podía percibir unas finas líneas. El vaso de licor estaba en el margen de la puerta.

No quería ni siquiera levantarme del suelo y no paraba de tocarme la oreja que me parecía asquerosa. Mi cabeza era un cúmulo de preguntas: ¿me habían secuestrado? ¿Me violarían? ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? Tenía mucha hambre y la saliva se había vuelto pastosa y blanquecina, por lo que llevaría muchas horas sin beber ni comer. No tenía nada en los bolsillos: ni el móvil ni las llaves, únicas dos pertenencias que había cogido antes de salir de las casa. La luz cada vez era más escasa. ¿Llevaría dos noches secuestrada? Hacía frío. Me quedé quieta, muy quieta en el rincón que había decidido que sería mi espacio seguro. Cogí las sábanas y poco a poco los ojos se me fueron cerrando.

Escuche un fuerte golpe y me desperté. Miré a lado y lado y una luz me cegó la cara. Todavía estaba muy oscuro, pero una linterna me apuntaba directamente a los ojos. Me levanté corriendo y me estremecí en la otra esquina. La luz venía hacia mí. Ese algo me cogió de la pierna izquierda y, arrastrándome por el pavimento de obra, me lanzó al colchón sin sábanas. Hice mi mejor esfuerzo en apartarme de eso, grite, mordí, arañé, incluso escupí, pero la presión que ejercía sobre mis extremidades era devastadora. Solo sentí su saliva por el cuello antes de perder la consciencia tras un manotazo.

La luz volvía a iluminarme los ojos, pero esta vez era luz natural. Mi cuerpo era como un bloque de mármol: frío, blanco y con hematomas azulados. Mi ropa se encontraba esparcida por la habitación y, automáticamente, empecé a moverme con dificultades para vestirme, esperando que, con esa acción, recuperara parte de mi yo perdido. El hecho de percibir que se había dejado la linterna me proporcionó una falsa seguridad. También seguía el vaso de *whisky* en el suelo. No dudé en arrojarlo a la pared y coger el trozo de vidrio más grande. Empeze a hacer más grande el la grieta de la pared o, por lo menos, ocupar la mente para no pensar.

Unas voces me llegaron a través de la pared:

- ¡Alex! ¿Esta chica también es nueva? ¡Como sigas así nos quedaremos sin habitaciones para más! ¡Eh!

¿Más? ¿Yo no era la única? Se me hizo un nudo en la garganta y sentí como algo en mí se rompía. Toda la situación vivida volvió a mis recuerdos cayendo como un bloque de cemento. La sensación de opresión y vómito era insoportable. Debía salir de allí, pero para ello necesitaba arriesgarme, arriesgar la vida. No lo pensó mucho. Un corte pequeño y limpio en la muñeca con el vidrio que había utilizado para ampliar la grieta permitió que fluyera la sangre; sangre que esparció por ambas muñecas y cuello antes de que la puerta se volviera a abrir.

CONTINUARÁ...